

La Ventana de la **Vida**

Leonor Sánchez



En
EDICIONES HADES

La ventana de la vida

Leonor Sánchez

Ediciones Hades
“Romántica”

© Leonor Sánchez Cochón
Pagina Facebook – Leonor Sánchez
© Ediciones Hades
12004 Castellón de la Plana
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

Primera Edición – Junio 2018

ISBN –978-84-948506-4-6
Depósito Legal –CS 496-2018

Impresión – Ulzama Digital

Montaje Portada – Javier Blázquez Murillo
©Imagen Portada – Ivan Galashchuk

1

Las chicas

Siempre me han gustado las tardes de primavera y esta es una tarde de sábado en un mes de mayo luminoso y cálido. El olor a jazmín lo inunda todo. Es un sábado perfecto... Desde la ventana contemplo la playa, la arena blanca, el mar azul contrastando con el verde del bosque que rodea la playa como si los dos lucharan por ver quién le quita terreno al otro; tan unidos y tan diferentes. Las familias pasean a la luz del sol de la tarde. Cuando los colores se vuelven de un tono anaranjado, las parejas se cogen de la mano y pasean por la orilla compartiendo sueños, besos y abrazos. Veo cómo salen las pandillas de chicas y chicos, oigo sus bromas y risas. Todo está rodeado por una burbuja. ¿O soy yo quien flota dentro de una?

Cómo puede cambiar la vida tan solo en un abrir y cerrar de ojos, levantarte por la mañana y no tener nada, solo sueños, y por la noche cuando te vas acostar, ver que tus sueños se pueden hacer realidad.

Imposible olvidar un sábado como este cuando empezó todo, el día en que comencé a vivir, el día que saboreaba un café en el silencio de mi casa. Mi madre no había llegado de trabajar, y mi padre se había ido después de unos cuantos improperios porque mi madre no había regresado. No me dijo a dónde iba pero no hacía falta: al bar de costumbre. Como siempre vendría tarde... Estos momentos de paz son los que me dejaban pensar en mí, en lo sola que estaba, en mi futuro en solitario, en la tristeza que me rodeaba.

Vivíamos en un barrio obrero de la ciudad, en un piso modesto: el salón comedor donde mi padre había instalado un tele-

visor enorme para ver bien el fútbol acomodado en su sillón, siempre con una cerveza en la mano, una cocina amplia donde había una mesa en la que mi madre y yo solíamos sentarnos a charlar, dos baños completos y tres habitaciones. Los muebles eran los que compraron mis padres cuando se casaron hacía más de veinte años, por lo que estaban pasados de moda y algo estropeados. En el comedor estaban colgadas mis fotos del colegio, fotos de mis primas, de fiestas familiares... El hogar sencillo en el que crecí.

Mi vida transcurría entre telas, agujas e hilos, en mi taller de costura, un sueño que pude hacer realidad gracias al tío Luis. Él tenía un local vacío bien situado en el centro de la ciudad. Cuando le conté mi idea, sin decirme nada, lo puso a mi nombre y me entregó las llaves. Lo dividí en dos partes: en la parte del fondo, bajo la ventana, la máquina de coser y la remalladora. Al lado la zona de planchado. En el centro una mesa grande para hacer los patrones y cortar las telas. En un rincón varios maniqués. De las paredes colgaban patrones, bocetos, estantes con telas y muestrarios. La otra parte la acondicioné para las clientas (separando las dos partes por una pared), un rincón con unos sillones rodeando una pequeña mesa con las revistas de moda; en otro rincón un probador con un gran espejo circular y un mostrador con el expositor de accesorios de moda detrás. Elegante y sencillo al mismo tiempo.

—¿Hija, Gabi? ¿No me oyes? —me sobresalté al oír la voz de mi madre.

—¿Mamá? Perdona, estaba distraída, no te he oído llegar; has terminado tarde —su llegada me había sacado de mis pensamientos.

—Sí, estoy agotada, me duele la espalda y los pies me están matando. Hoy ha venido toda la familia de la señora a comer, los quince, y claro, hay que poner la mesa en plan fino; la pobre Paquita estaba que echaba humo en la cocina.

—Ven, siéntate conmigo un rato. ¿Te preparo un café?

—Sí, gracias, un café me vendrá bien.

Mientras se tomaba el café, la pude observar descubriendo cómo se había ido haciendo mayor en poco tiempo. Su pelo negro empezaba a blanquear, sus manos deformadas de tanto limpiar; los ojos marrones estaban rodeados por unas sombras oscuras. Profundas arrugas surcaban su cara alargada, más por las preocupaciones que por la edad. Empezó a trabajar en casa de doña Julia sustituyendo a una amiga; llevaba tantos años que me parecían una eternidad. Apenas quedaba rastro de la mujer joven y llena de vida que había visto en las fotos antiguas.

—Y tú, ¿cómo has pasado el día?

—Bien... he terminado el vestido de doña Julia. ¿Se lo puedes llevar el lunes?

—Sí, no te preocupes, total tengo que ir a trabajar allí —sonreía pero la sonrisa no le llegaba a los ojos. En el perchero de mi habitación colgaba el vestido negro de cóctel—. Te ha quedado precioso. Tienes unas manos divinas —suspira y una arruga de preocupación surca su frente—. Y ¿tu padre?

—Ha salido un rato, no vendrá a cenar —dije con precaución.

—Ya, como siempre... Tú eres la que debería salir. La juventud se te escapa entre estas cuatro paredes —dijo regañándose. Ya volvíamos al tema de siempre.

—No sé... Sabes que me gusta estar en casa —mentí, lo que no me gustaba era salir y dejarla sola, además del pánico que me daba conocer gente, ser la nueva, el centro de atención.

—¡Vamos Gabi! Tienes veintiún años, tienes que salir, divertirte y conocer gente —insistió

—Bueno, me ha llamado Alice. Quería que me fuera con ella y Rose a cenar, pero no me apetece —negué con tristeza.

—¿Que no te apetece? Me da igual, te vas a arreglar y vas a salir. Llámala y queda con ellas ahora mismo.

—Pero también van las chicas que estudian con Alice y no las conozco. ¿Qué pinto yo con unas estudiantes? —me sentía insignificante.

—Hablas como si tuvieras cuarenta años. Hija, que sean estudiantes no es motivo para que no salgas con ellas. No eres ninguna inculta, sabes hablar con educación, sabes comportarte, además tú también estudias ¿no?

—Las clases de inglés no cuentan como una carrera —¿cómo podía comparar una carrera universitaria con unos cursos de inglés en una academia?

—Me da igual, vas a llamar a Alice y te vas con ellas y sus amigas estudiantes. Escucha, no tienes amigos, vas siempre de casa al taller y del taller a casa, no tienes vida social. No quiero que te conviertas en una solterona amargada, además, ¡soy tu madre y te lo ordeno! —ya salió la madre autoritaria, me lo dijo con una sonrisa en los labios... pero tenía razón.

—Vale, tú ganas mamá, ahora la llamo.

Salir, ¡uuff! Me daba horror, no sabía qué ponerme, ni cómo actuar, de qué podía hablar... Alice siempre fue mi mejor amiga desde el colegio. Antes nos veíamos más, pero desde que empezó a estudiar enfermería las cosas habían cambiado. Ella había conocido a otra gente, tenía nuevas amigas. Me había hablado tanto de ellas que era como si ya las conociera.

Rose era su prima; sus madres eran hermanas. Hace unos años Rose junto con su madre se vinieron del pueblo a vivir a nuestra ciudad. Su madre abrió una cafetería y Rose comenzó a estudiar diseño de moda. Pasaba muchas tardes conmigo en el taller, quería aprender todo sobre mi oficio. Muchas veces le encargaba algún diseño, y los mejores bocetos los colgábamos a la vista de mis clientas.

Algunas veces salíamos las tres juntas, lo pasábamos bien, pero conocer gente y salir de fiesta me aterraba. No perdía nada por intentar divertirme un poco. Pero dejar sola a mi madre... No sabía qué podía pasar cuando mi padre volviera a

casa, no me iba tranquila. Pero mamá tenía razón, por mucho miedo que me diera tenía que salir y empezar a vivir. Debía intentarlo...

Quedé con Alice en su casa. Cuando la llamé se sorprendió de mi cambio de idea, pero enseguida comenzó a hablar de lo bien que lo íbamos a pasar y de lo geniales que eran las chicas. Estaba eufórica, pero yo estaba aterrada... Me vestí informal con unos vaqueros, mi camisa favorita de seda roja y unos buenos tacones. Me miré en el espejo del baño y no me gustó la imagen que me devolvía: una chica alta, delgada con pelo largo ondulado, negro como la noche, unos ojos almendrados marrón chocolate, rodeados de unas pestañas largas y rizadas, la cara alargada y unos labios rojos demasiado perfilados. Me maquillé un poco pero no podía hacer milagros. Alice me dijo que no me arreglara mucho, pero viniendo de ella no me fiaba, siempre estaba perfecta con cualquier trapito. Tenía un cuerpo perfecto, una preciosa melena corta, castaña, con reflejos de caoba. Unos ojos como el café, que reflejaban la sonrisa sincera y leal, siempre preparada para iluminar el día más nublado. Mi amiga, mi hermana, mi hombro en el que llorar.

Ir con Alice en el coche era como si fuera a salir volando en cualquier momento. Ella y Rose iban hablándome de los planes de esa noche con su habitual entusiasmo, pero no las escuchaba, estaba demasiado aterrada, controlando a los demás coches, semáforos y cruces. Cuando salimos del coche me temblaba todo el cuerpo. No me habían dejado coger mi coche con la excusa de que así no podría desaparecer sin decir nada. Me conocían muy bien, pero no habían pensado en que podía coger un taxi en cualquier momento de la noche y desaparecer, volver a casa, que es donde debía estar.

—Ya llegamos... Las chicas ya están en la puerta de la pizzería esperando. ¡Vamos! ¡Hola, chicas! Mirar a quién traemos, es Gabi —¡qué vergüenza! Noté como mi cara enrojecía.

Dos chicas se giraron para mirar hacia nosotras cuando Alice les habló. Me miraron con sorpresa. Las dos iban muy arregladas, cada una con su estilo pero perfectas. Pensé que debía de haberme arreglado más. Estaba como un flan y el corazón se me salía por la boca. Esto iba a ser un desastre, pero me sorprendió cómo me sonreían.

—¡Hola Gabi! —me saludaron las dos. Alice también les había hablado de mí. Fueron muy efusivas, parecía que nos conociéramos desde hacía años.

—Os presento: Sara y Laura. Chicas, ella es Gabi —unas presentaciones rápidas, pensé. ¡Bien!

—Yo soy Sara. Teníamos muchas ganas de conocerte, Alice y Rose hablan mucho de ti —me saludó con dos besos, muy cordial, mientras nos dirigíamos a la puerta del local.

—Bueno... espero que bien. Ellas también me han hablado de vosotras —me cogía a mi pequeño bolso como a un salvavidas. No sabía qué hacer con las manos, estaba muy nerviosa.

—Venga, vamos a cenar que tengo hambre. Dentro coto-reamos más. ¡Aligerando el paso! —dijo Rose metiéndonos prisa.

—Rose y sus hambres. Come como una lima y mira qué tipo tiene. Yo siempre cuidando lo que como y parezco un saco. Tengo un tipo cuadrado, y mis brazos y piernas son palillos —decía Sara mientras me señalaba su figura.

—Sara, yo te veo bien. Además tienes muy buen gusto para vestir, sabes escoger lo que te queda bien —no lo dije por caer bien. Era cierto que iba bien conjuntada y además la ropa era de buena calidad.

—Gracias, eres muy amable y viniendo de ti es un cumplido que me levanta el ánimo, porque nos han contado que eres modista —Sara sonrió un poco coquetona. La graciosa rebeldía de su pelo negro, cada punta en una dirección, hacía re-

saltar sus ojos verde esmeralda. Pensé que era una mujer atractiva, y que le gustaba hablar mucho.

—Sí, bueno... Tengo un pequeño taller de costura —notaba como me ruborizaba. Las manos me sudaban. Tenía que relajarme, respiré hondo unas cuantas veces mientras entrábamos.

—Tú ya estás trabajando por tu cuenta, con tu propio negocio. Es guay. Mira nosotras: todavía estamos estudiando, dependiendo de nuestras familias. Me gustaría encontrar un trabajo y poder independizarme —dijo Rose con un tono de admiración mientras nos sentábamos.

—Rose, siempre soñando. Si te independizaras tu casa parecería una comuna, todo el mundo iría a parar allí —recriminó Laura con risas.

—Laura, tú te quedarías toda la vida en casa de tus padres; vives como una reina —sonrió Rose con picardía mientras le hacía una pequeña reverencia.

—¿Quién es tan tonta de renunciar a que siempre te lo tengan todo preparado? Nadie —dijo Laura risueña mientras cogía una rosquilla de la cesta que había sobre la mesa y se la metía en la boca.

Todas bromeaban con Laura y su situación. La charla pasaba de un tema a otro rápidamente. Me sentía perdida y fuera de lugar; no sabía cómo entrar en la conversación. En un segundo de silencio en toda aquella cháchara me atreví a preguntar:

—Y... ¿cómo os conocisteis vosotras dos?

—Bueno, Sara y yo nos conocimos... ¿Cómo nos conocimos? —preguntó Laura como una niña perdida.

—¡Laura, tienes memoria de pez! Nos conocimos en una tienda de ropa; estaban en rebajas. Había visto unos vaqueros divinos, los cogí, y para mi sorpresa, Laura tenía agarrada la otra pierna. Le dije que lo soltara. ¡Era mi pantalón! ¡Lo había visto antes! Ella se puso chula, yo me puse chula; ella se tiró

encima de mí y empezamos a rodar por el suelo como dos gatas, gritando y tirándonos de los pelos. Llamaron a la policía, nos llevaron a comisaría y nos ficharon —contó Sara con desenfado.

—¿Cómo? —No podía ser. Estaba atónita, me quedé sin palabras.

—¡Te lo has tragado! —gritó Sara. Todas rieron como locas, incluida yo.

—La verdad es que hace unos cuatro años, en una fiesta que daba la hermana de Sara, que es unos años mayor que nosotras. Mis padres estaban de viaje, y mi hermano quería ir a la fiesta a tirarle los tejos a su hermana. Como no podía dejarme sola, me llevó con él. Me encontré a Sara escondida en un rincón, me senté con ella y hasta hoy —contó Laura, secándose las lágrimas de la risa.

—¡Sí! No hay forma de perderte de vista, pesada —dijo riendo Sara.

Charlaban despreocupadas, sin pensar quién pudiera escuchar, o quién pudiera escandalizarse con sus bromas, cotilleos y aventuras. Las miraba y había algo... como si estuvieran unidas por un hilo invisible. ¿Podría encajar con ellas? Son tan distintas a mí... Proceden de mundos tan diferentes al mío...

—Venga, ¿a dónde vamos ahora? Ya hemos cenado y ahora... ¡fiesta! —Rose se movía como si bailara, sacudiendo su melena castaña oscura que le caía en cascada a mitad de la espalda. Tenía unos ojos marrón chocolate muy expresivos. Era una chica alegre, despreocupada, un poco hippy.

—¿A dónde te apetece ir? —preguntó Alice con un tono de precaución, temiendo la respuesta.

—Me da igual, ya he cenado. Lo demás es secundario —dijo sonriente Rose.

Había pensado en retirarme después de la cena con cualquier disculpa, pero lo cierto es que me lo estaba pasando bien. Creo que el vino nos estaba haciendo efecto, sobre todo a mí que no estaba acostumbrada a tomar alcohol. Me había ido relajando durante la cena. Ellas hacían que todo fuera más fácil, pero tenía reservas sobre cómo iba a transcurrir la noche. Pensé con dudas que les seguiría la corriente hasta ver a dónde nos llevaba la noche. Siempre habría tiempo de desaparecer.

—En la universidad de Medicina hay una fiesta en la que las chicas entran gratis —Sara se frotaba las manos y daba saltitos de emoción con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Vamos, Sara! Estará llena de chicas. Buscamos chicos, chicos guapos, futuros médicos macizorros —protestó Laura.

—¡Para, amiga! Querida Sara: tú quieres ir a esa fiesta para ver si cierto futuro médico está por allí, y pedirle que te tome la tensión —Alice la acusaba con firmeza entre las risas de las demás.

—Uuumm... No sé de qué me hablas —fingió Sara con cierta indiferencia.

—Puede estar bien... Estamos a un paso. Nos acercamos, vemos el panorama, y si no nos gusta, nos vamos —dijo Rose intentando llegar a un acuerdo.

—Por mí bien, ¿tú qué dices Gabi? —me preguntó Alice.

—Lo que digáis estará bien —respondí con sonrisa boba.

—No creas que te vas a despistar que te conozco —Rose me miraba muy seria.

—¿¡Cómo!? ¿¡Qué quieres decir!?! —exclamaron Sara y Laura.

—Sí, sí. Aquí mi amiga tiene la mala costumbre de desaparecer cuando no le interesa seguir la fiesta —¡Alice! ¿Cómo podía hacerme eso?

Laura, muy estirada, pavoneándose con su melena lacia castaña, mirándome muy seria con sus grandes ojos azules rodeados de unas pestañas muy pobladas y rizadas, se acercó a mí, apuntándome con el dedo índice como si me acusara de un crimen. El corazón se me iba a salir.

—Tú, querida, no vas a ir a ningún sitio hasta que ¡YO! diga que ya está bien de fiesta. Y ahora señoritas, a divertirse —sentenció Laura.

Todas rieron, no sé si por la cara de pánico que puse o por la actuación de Laura. Parecía que no me iba a poder escapar tan fácilmente.

—Vamos, la vais a asustar. Va a pensar que sois una mala influencia para mí —dijo Alice.

—¡Toma, Alice! ¡Y lo somos! —dijo Laura. Todas rieron.

—¿Por qué no vamos primero a tomar algo y luego pasamos por la fiesta? —dijo Rose. Siempre era la persona mediadora en los conflictos.

—Buena idea Rose, vamos al Bakio —dijo Alice feliz de zanjar el tema.

—¡¡Sííí!! —todas gritaron como locas, pero yo simplemente sonreí como tonta.

Cuando llegamos al Bakio, Laura abrió la puerta para que entrásemos. Pude escuchar una música conocida, ¿pero el intérprete...? ¡Ohh NO! ¡Era un KARAOKE! Quise salir de allí pitando. Pero Alice y Laura estaban detrás de mí. No podía darme la vuelta y echar a correr. Tenía la boca seca, no podía tragar; esto era demasiado para una noche.

El local parecía que no estaba muy lleno. En la entrada había una barra con tres camareros, que nos saludaron al entrar. El escenario estaba al fondo del local, donde una pareja destrozaba una bonita balada. Nos dirigimos hacia un lado donde había una mesa libre. Cuando nos sentamos se acercó uno de los camareros.

—¿Qué vais a tomar chicas? —todas pedimos algo y mientras tomaba nota nos preguntó— ¿Vais a cantar? —Palidecí. ¿Cantar...? ¡Nooo! Me moría de vergüenza. ¡Esto era una encerrona!

—¡Claro! Para eso hemos venido —contesto Sara feliz.

—Vaya, pensaba que veníais a verme a mí —dijo el camarero con una bonita sonrisa.

—Pues me parece que no, ricura. Hoy no —dijo Laura mientras reía y coqueteaba con el camarero. Él le guiñó un ojo mientras se daba la vuelta y volvía a la barra.

Las chicas hablaban de lo que querían cantar. ¿Harían parejas o tríos? Quise desaparecer cuando Sara me preguntó si no iba a cantar... En ese momento se acercó un chico a la mesa dirigiéndose a mí. Todas se callaron y se quedaron mirándome desconcertadas.

—Perdona... ¿tú eres Gabi? —notaba como cuatro pares de ojos estaban clavados en mí. ¿Quién era este chico? Con el pelo negro rizado, y unos ojos negros grandes y chispeantes, vestía un polo azul y unos vaqueros que le sentaban de maravilla.

—Sí... ¿Nos conocemos? —dije con un hilo de voz. Noté que me ponía roja como un tomate.

—Sí, me llamo Víctor. Hace unos años fui a pasar unos días a casa de mi tía Claudia. Vive cerca de la tuya y solíamos quedar.

—¡Víctor! Sí, si que me acuerdo. ¿Cómo estás? —dije con sorpresa y alegría.

—Bien... Veo que tú también... —me miraba con una sonrisa de medio lado. Pensé que era muy descarado.

—¡Hola! Yo soy Laura ¿Por qué no te sientas con nosotras un rato? —puso su mejor sonrisa.

—Estoy con un amigo... —dijo Víctor dudando.

—Dile que venga —dijo Laura. Pensé que era un poco lanzada.

—¿No os importa? —la cara de Víctor se iluminó.

—No, no... será divertido... —dijeron todas las chicas casi al unísono.

Víctor se dio la vuelta, y mientras se acercaba a hablar con su amigo, Alice se giró hacia mí, hablando muy deprisa:

—Vamos, desembucha. ¿De qué le conoces? Te conozco de toda la vida y nunca me has hablado de él —me acerqué a Alice y todas se acercaron más para enterarse bien, intrigadas por lo que pudiera contarles.

—¿Te acuerdas del verano que te fuiste a Londres de vacaciones? —Alice asintió con la cabeza—. Pues ese verano nos conocimos en la piscina del barrio. Él no conocía a nadie y bueno, hicimos amistad —recuerdo que hablaba muy deprisa; quería terminar con aquella situación. Me ponía enferma ser el centro de atención.

—¿Y ya está? —me preguntó desilusionada Laura.

—Sí. ¿Qué más quieres? —le pregunté sorprendida.

—No sé... más salsa, más vida, algún beso... —dijo Laura con descaro.

—Teníamos doce años, ¡éramos unos críos...! —nos callamos porque los chicos se acercaban.

Víctor nos presentó a su amigo Carlos. Llamaba la atención su pelo del color de la ceniza, tan corto que parecía un cepillo y unos ojos marrón verdoso penetrantes. Víctor era alto y delgado; en cambio Carlos no era muy alto, pero tenía un buen cuerpo. Vestía informal con vaqueros y una camiseta ajustada... todas nos quedamos mirándolo como tontas. Víctor se sentó entre Laura y yo. Las chicas enseguida entablaron conversación con Carlos. Este les proponía cantar en grupo una canción de los años setenta. Todos se fueron subiendo al escenario, cantando a voz en grito, sin complejos. Era divertido; lo estaba pasando bien. Por primera vez en mi vida me divertía de verdad con gente de mi edad. No pensaba en los problemas del día a día, en el qué dirán, en querer caer bien. Siendo yo misma me habían aceptado, sin juzgarme, sin criticarme, sin desaires... Por fin parecía que encajaba. Me hacían sentir una más, como si nos conociéramos de toda la vida...

Víctor me sacó de mis pensamientos. Había estado cantando con Sara una balada. Le noté un brillo en los ojos... pensé que sería lo que había bebido.

—Vamos Gabi, ánimo, canta algo. Es divertido —dijo Víctor sonriente.

—¡Ni hablar! No subo ni loca. Lo estoy pasando bien desde aquí —reímos al tiempo que llegaron los que estaban cantando. Alguien dijo que nos faltaba algo.

—¡Sí, venga, unos tequilas para todos! —gritó Carlos—. Yo invito.

—Yo paso —dije, pensé que eso debía estar muy fuerte.

—Ni hablar. No has cantado y te hemos dejado, pero ahora vas a tomar... ¡¡tequila!! —sentenció Carlos.

—¡Bien dicho Carlos! —dijo Laura dando palmas. Pidieron tequila y bebimos todos a la vez. ¡¡Dios!! Todavía recuerdo lo fuerte que estaba.

—¡Vamos, otra ronda! Ahora invito yo —dijo Laura. Todos la aplaudieron y vitorearon.

En la tercera ronda de tequilas me planté. No podía más. Empezaba a notar los efectos del alcohol, y no quería montar un numerito, la noche iba demasiado bien. Los demás también se plantaron, pero se subieron al escenario a cantar todos juntos. Los seis cantaban a voz en grito, y yo cantaba por lo bajito desde mi sitio. En unos segundos Víctor y Carlos bajaron del escenario, me cogieron en volandas y me subieron. Intenté soltarme, bajarme del escenario, pero fue imposible; me cerraban el paso. No podía hacer más el ridículo. Envalentonada por los efectos del tequila y la euforia de mis amigos, me uní a los cantantes. Todo el bar se unió a nosotros, aquello fue una explosión de risas y aplausos. No podía pedir más a la noche... ¿O tal vez sí?

—¿Nos vamos a la fiesta de la Universidad de Medicina? ¡Venga, Porfa...! —dijo Sara con los ojos brillantes y juntando las manos, como si fuera una niña buena.

—Pero lo estamos pasando bien aquí. ¿Por qué cambiar? —dijo Rose.

—Rose, todavía no te enteras... no lo pillas —dijo Laura.

—¡¡Paul, Paul, Paul!! —cantaron Alice y Laura. Víctor frunció el ceño. Me pareció una descortesía irnos así y dar plantón a Víctor y Carlos. Eran unos chicos muy simpáticos, y con ellos lo estábamos pasando bien.

—Pero vosotros también os venís... todavía queda mucha noche —dijo Laura. Todas estuvimos de acuerdo, queríamos seguir todos juntos la fiesta aunque fuera en otro sitio.

La fiesta estaba cerca de donde estábamos, por lo que dejaron los coches donde estaban y fuimos dando un paseo. Nos sentó muy bien andar, pudimos despejarnos un poco y hablar con más calma, sin tener que gritar para oírnos.

—Víctor, después de tanto tiempo, ¿cómo me has reconocido esta noche? —pregunté curiosa.

— Hemos crecido, pero no has cambiado tanto. Tengo buenos recuerdos de ese verano y los buenos amigos no se ol-

vidan por muchos años que pasen... Además, tengo las fotos que nos hicimos en el parque —dijo riendo. Tenía una bonita sonrisa. Se le hacían unos hoyuelos a los lados de la boca que le convertían en irresistible. Cualquier chica se fundiría con esa sonrisa.

—¡Vamos, eres un tramposo! Yo también me acordaría de tu cara si tuviera fotos de ti —qué fácil era hablar con él. No estaba acostumbrada a hablar con chicos de mi edad, pero Víctor hacía que todo fuera más fácil... Era divertido, además de guapo, y parecía tener los pies en el suelo; inspiraba confianza. Me contó que estudiaba derecho con Carlos y seguía viviendo con sus padres. Se interesó por mí: si estudiaba o trabajaba, dónde tenía el taller, si me iba bien... Desde luego, palique no le faltaba.

Sin darme cuenta llegamos a la universidad. La entrada al campus era un antiguo arco de piedra tallada. A los lados se levantaba una verja, a la que se abrazaban las trepadoras buganvillas de color púrpura. Caminábamos por un sendero de piedra roja, desde donde podía ver iluminados los setos de figuras geométricas a modo de bordura, con macizos de rosales, petunias y pensamientos. En el aire había un aroma floral embriagador. En los bancos de piedra se sentaban grupos de chicos y chicas que hablaban animadamente y bailaban al son de la música que se oía de lejos, otros bebían, había parejas entre los setos demostrándose su amor... Llegamos a un edificio de ladrillo rojo. Desde fuera ya podíamos oír la música machacona. La entrada del edificio era una gran sala de la que salían cuatro pasillos, dos a la izquierda y dos a la derecha. Al fondo una escalera de mármol blanco que se dividía en dos. La gente entraba y salía de una sala que estaba a la derecha. Habían abierto unas grandes puertas de madera color caoba muy labradas; debía de ser el salón de actos de la universidad. Por encima de cientos de cabezas podía ver un escenario y un DJ con unos enormes auriculares, rodeado de mesas de mezclas, amplificadores y

muchos más aparatos. Mientras cambiaba de una canción a otra daba saltos animando al público a seguirle.

Entramos como pudimos; estaba lleno hasta la bandera. Empezaron todos a bailar al ritmo de aquella música. Pronto hicieron un corro donde nos podíamos mover sin mucho agobio. Sara, Laura y Carlos fueron a pedir algo a la barra que habían situado en un lateral. Intentaba seguir la música con torpeza, cohibida entre tanta gente. Solo había bailado en casa cuando estaba sola. Pensé que me tenía que haber escabullido hacía rato. ¿Cómo había llegado a este lugar lleno de gente y con esta música? Tenía que pensar cómo salir de allí. Me decidí a levantar la vista y mirar a mi alrededor. Estaba lleno de gente. Cada uno bailaba a su aire, sin importarles como lo hacía la persona que tenían al lado. Había gente rodeando la pista. Charlaban y bebían animadamente, gente que buscaba a otra, otros que se reencontraban. Mientras tanto, iba grabando en mi memoria todo lo que pasaba a mi alrededor, para poder guardarlo dentro de una caja en mi corazón como la mejor noche de mi vida.

Mis ojos se cruzaron con unos ojos pardos penetrantes que me miraban fijamente, ojos almendrados con unas largas y pobladas pestañas. Allí estaba él apoyado en una columna, con una sonrisa que quitaba la respiración; desvié la mirada muerta de vergüenza y con disimulo fui dándole la espalda. No podía respirar, me ahogaba, no sentía las piernas, el corazón me latía desbocado, se me había revuelto el estómago... ¿Cómo un desconocido podía hacerme sentir así? Tenía que salir un rato a tomar el aire.

—Salgo un momento a tomar el aire —le grité a Alice.

—¿Te encuentras bien? Te acompaño —dijo Alice preocupada.

—¡No! no te preocupes. Solo quiero tomar el aire, esto está muy cargado —necesitaba estar sola unos minutos. Tenía que calmarme.

—Pero no te vayas, no te lo perdonaría —me suplicó con una gran sonrisa. Cómo la iba a defraudar si me lo pedía así... Descarté la idea de irme a casa.

—No te preocupes, no me voy a escabullir —dije mientras intentaba controlar el temblor de mi voz.

Salí como pude de aquella marabunta de gente. Cuando llegué a la puerta, una brisa suave me dio en la cara. Aspiré hondo y mis temblores se fueron calmando. Todo estaba iluminado por antorchas. Decidí dar un paseo por los jardines; buscaba un banco donde sentarme. Al volver en un recodo del jardín encontré un rincón con una fuente redonda llena de nenúfares. La rodeaban unos bancos apoyados en arcos a los que se enredaban los jazmines. El olor era penetrante, embriagador, lo envolvía todo. Me senté al borde de la fuente. Ya más tranquila pensaba en la reacción ante aquel chico. Nunca me había pasado algo así, era extraño. Me hubiera gustado haber tenido valor y acercarme a él, pero no lo tenía. Además, un chico así nunca se iba a fijar en una chica como yo... Demasiado delgada, demasiado alta, desgarbada, con unos dedos largos llenos de pinchazos. Quién se iba a fijar en mí... Pero esos ojos...

—Hola. ¿Estás bien?

Me sobresalté, no había oído llegar a nadie. Cuando logré mantener el equilibrio y no caerme en la fuente, miré a quien me había despertado de mis pensamientos. No podía creerlo, eran esos ojos penetrantes otra vez que me miraban con curiosidad.

—¿Estás bien? —me volvió a preguntar. Tenía la voz profunda como sus ojos

—Sí... Sí, estoy bien gracias. Me he sobresaltado un poco. No te había oído llegar —dije casi en un susurro.

—Siento haberte asustado, no era mi intención. ¿Puedo sentarme?

—Sí, claro, esto es un lugar público —mi corazón latía tan deprisa que pensé que se me iba a salir.

—No quisiera molestarte, parecías muy pensativa —dijo mientras sacaba las manos de los bolsillos y se sentaba junto a mí al borde de la fuente.

—Solo estaba tomando un poco el aire —mis piernas volvían a temblar.

—Sí, dentro está muy cargado... Me llamo Dani —dijo con una sonrisa que iluminaba su rostro.

—Yo Gabriela, Gabi —contesté con timidez.

—Es bonito, te pega —sonreía mirándome a los ojos.

—¿Perdona? no te entiendo —el estómago se me había vuelto del revés.

—Si te fijas hay gente a la que su nombre no le va nada, pero a ti sí. Es un nombre bonito para una chica bonita.

No supe que contestar. Me quedé callada, aturdida. Aquel chico estaba a mi lado con un cuerpo escultural, mandíbula cuadrada, pelo castaño muy corto y con reflejos dorados. Parecía más alto que yo. Vestía un polo y unos pantalones que le quedaban de muerte. Podía oler su aroma a fresco, limpio, sobrepasaba al olor del jazmín.

—¿Estudias aquí? Nunca te he visto —preguntó con curiosidad

—No. He venido con unos amigos —mi voz temblaba. Aspiré hondo para intentar relajarme—. ¿Tú estudias aquí?

—Sí. Estoy terminando medicina. ¿Estás estudiando algo?

—Trabajo —no le conocía. No debía darle muchos datos de mi vida. Como había dicho Laura, un futuro médico macizo-rrero estaba hablando conmigo... ¿Dónde estaba la trampa?

—Siempre me ha gustado este rincón, es tranquilo. No sé por qué pero no suele venir nadie por aquí. Está bien para pensar. —recorrió con la mirada los jardines que nos rodeaban. Yo le miraba, no podía dejar de hacerlo.

—Es muy bonito, como si tuviera magia, como sacado de un cuento —cuando me volvió a mirar desvié la mirada. Me había pillado mirándole atentamente.

—Realmente sí. Además hace una noche preciosa y la compañía también es preciosa —me miraba con esa sonrisa que volvería loca a cualquier chica. No sabía cómo reaccionar. Seguro que había tenido a muchas chicas suspirando por él y se había aprovechado de ello. A mí me tenía calada, me quería liar y luego si te he visto no me acuerdo. Tenía que tener cuidado.

—Y tú. ¿Con quién has venido? —me atreví a preguntar.

—Con unos amigos, pero los he perdido. Tenía calor dentro y salí a tomar un poco el aire.

Hubo un pequeño e incómodo silencio.

—Entonces, ¿estás a punto de ser médico? —intentaba parecer tranquila pero estaba como un flan.

—Bueno sí, voy a obtener el grado medio. Podré ejercer la medicina, pero quiero hacer un postgrado, coger una especialidad. —parecía incómodo, no paraba de moverse, como si no encontrara la postura idónea.

—¿Y tienes pensado que vas a escoger? —mejor preguntarle a él sobre su vida.

—Sí, lo tengo muy claro, cirugía pediátrica —se puso de pie enfrente a mí con las manos en los bolsillos.

—¡Vaya! Tiene que ser bonito trabajar con niños. Ayudarles cuando más vulnerables son, ser un héroe para ellos.

—No quiero ser un héroe, pero quisiera poder aliviarles el dolor. Un niño nunca debería pasar por situaciones dolorosas o traumáticas. Cómo puede ser entrar a un quirófano con unos desconocidos, lleno de luces y de máquinas, eso es aterrador. En los últimos años las cosas han cambiado, pero yo quiero aportar mi grano de arena. Quiero ayudar a que cuando un niño tenga que entrar al quirófano sea como una fiesta en su honor.

—Eso es muy bonito —estaba embelesada escuchándole.

—Bueno, y tú... ¿En que trabajas? —no iba a tener más remedio que hablar de mí.

—No es tan interesante —después de oírle me daba vergüenza contarle que era una simple modista.

—No será tan malo ¿no? —con esa sonrisa podía obtener toda la información que quisiera.

—Tengo un taller de costura —dije rápidamente. Deseaba que no me hubiera oído.

—¿Tienes tu propio negocio? ¿Cuántos años tienes? Eres muy joven para tener tu negocio.

—Tengo veintiuno. He trabajado mucho para conseguirlo —parecía sentirme más segura hablándole de mis logros.

—Eres luchadora —dijo como si me conociera de toda la vida. Estaba abrumada. Nunca nadie me había dicho tantos halagos en un momento y menos un desconocido.

—Bueno, tengo que volver con mis amigos —no quería irme, pero tuve muchas dudas sobre ese chico. Podía tener a cualquier chica guapa de la fiesta y estaba hablando conmigo. Seguro que él quería volver con sus amigos, quitarse de encima a la boba de turno, pero quería ser educado. Sí, mejor me iba, pensé.

—Te acompaño, si no te importa —me tendió la mano para ayudarme a levantarme del borde de la fuente. Alcé mi mano lenta y temblorosa, la puse sobre la suya. Pensé que en cualquier momento la apartaría, pero la cogió con suavidad. Una corriente me recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Nos quedamos los dos mirándonos de pie sin decir nada, solo mirándonos a los ojos.